

# Mantener la brújula en tiempos turbulentos: la tarea humana en el mundo contemporáneo

Manuel Darío Palacio Muñoz

**Fecha de envío:** 01.03.2025

**Fecha de aprobación:** 15.04.2025

**Fecha de publicación:** 30.05.2025

**Cómo citar:** Palacio, Manuel, (2025). *Mantener la brújula en tiempos turbulentos: la tarea humana en el mundo contemporáneo*. *Polisemia*, 21 (39), 01–06. <http://doi.org/10.26620/uniminuto.polisemia.22.39.2025.01-06> ISSN: 1900-4648 / eISSN: 2590-8189 Editorial: Corporación Universitaria Minuto de Dios. Bogotá.

En el año 2018, la historiadora colombiana Diana Uribe escribió un libro titulado "Brújula para el mundo contemporáneo: una guía para entender el siglo XXI.<sup>en</sup> el que la autora propone que la historia puede y debe operar como una brújula para comprender nuestro presente. La metáfora de la brújula, para responder a la pregunta por la orientación no es nueva: desde la antigüedad, el conocimiento del pasado ha sido considerado una fuente fundamental para la orientación en la vida, como lo expresa el adagio latino *Historia magistra vitae*.

Hoy, sin embargo, en el complejo entramado del siglo XXI, pareciera que los seres humanos hubiéramos extraviado nuestra brújula interior. Ya no sabemos con claridad hacia dónde vamos ni con qué criterios tomar decisiones en un mundo que se acelera constantemente. Las brújulas simbólicas que alguna vez orientaron nuestras formas de habitar el mundo —la ética de la felicidad, la constitución de la polis, el camino místico de salvación, la búsqueda de sentido existencial o la construcción de comunidad, por poner unos ejemplos— tales brújulas, decimos, han sido reemplazadas por criterios externos a lo humano. Nos definimos a nosotros mismos, y a la valía de lo humano, cada vez más, a partir de parámetros impuestos por sistemas abstractos: la rentabilidad económica, la utilidad profesional medida en términos de productividad, la identidad construida desde los imaginarios nacionales de una ciudadanía o de un pasaporte, y la capacidad para adaptarnos —o ser sustituidos— por las nuevas tecnologías.

Pese a la premura de esta pregunta en el siglo XXI, el interrogante por la orientación en un mundo en constante crecimiento fue algo que ya los filósofos del siglo XVIII entrevieron. En este contexto, es pertinente recordar el opúsculo de Immanuel Kant titulado "¿Qué significa orientarse en el pensamiento?". Allí, el filósofo sostiene que, a pesar de lo consolidado que estén los discursos racionales a propósito de la ciencia (o tecnología, diríamos nosotros), tal saber no constituye una certeza frente al modo en que los seres humanos hemos de proceder. Por ello es que el ser humano debe aprender a orientarse por sí mismo, a partir del uso reflexivo de su razón y del conocimiento previamente adquirido. Kant afirma que necesitamos el equivalente a una brújula racional para movernos en el pensamiento cuando el saber que hemos consolidado, no es capaz de responder a la pregunta "¿Qué debemos hacer?". Esta imagen kantiana resuena con fuerza en nuestra época, donde el exceso de información y la dispersión de sentidos exigen una orientación más profunda que el mero cálculo instrumental, del que es capaz de ciencia y la tecnología, bajo la forma de un algoritmo en redes sociales o de una Inteligencia Artificial generativa.

Por tanto, más que un simple cambio de época, lo que enfrentamos es una transformación antropológica que nos interpela en lo más esencial: la necesidad de reconfigurar nuestras brújulas éticas, culturales y cognitivas para poder habitar el mundo de manera significativa, de manera humana. Nos encontramos, en efecto, ante una encrucijada que demanda reconstruir los fundamentos mismos de nuestra orientación existencial. El filósofo Günther Anders, en su obra "La obsolescencia del hombre", ya advertía en el siglo XX que el ser humano empezaba a ser desbordado por el mundo que él mismo había creado. Las máquinas, decía Anders, ya no eran meras herramientas, sino entidades que ponían en cuestión nuestra capacidad de acción, percepción y juicio. Hoy, en plena era digital y de automatización, su diagnóstico cobra una inquietante vigencia. La tecnología ya no se presenta como mediadora, sino como criterio de legitimidad: es útil lo que es eficiente, es válido lo que es cuantificable, es valioso lo que puede ser procesado. Y los seres humanos quedamos reducidos a lo que llama Anders «el hiperactivo que no hace nada»:

"De hecho, no hay otro rasgo tan característico del contemporáneo, al menos del ocioso, como su inclinación a dedicarse al mismo tiempo a dos o más actividades dispares. Por ejemplo, el hombre en el solarío, que tuesta su espalda, mientras sus ojos nadan por una revista ilustrada, sus oídos están atentos a una competición deportiva y sus mandíbulas mascan un chicle: esta figura del jugador pasivo simultáneo y del hiperactivo que no hace nada es un fenómeno cotidiano internacional." (Anders, 2011, p. 142)

Hoy en día llamamos a esto "multitasking", por su denominación en inglés (indica la posibilidad de hacer más de una actividad al mismo tiempo). Y lo que tradicionalmente ha sido considerado la pérdida del enfoque, que es la distracción por hiperestimulación, es visto hoy en día como un factor de rendimiento, y por tanto, deseable. En este contexto, la educación, el arte, la filosofía y tantas otras expresiones de la experiencia humana son vistas con sospecha, a menos que puedan traducirse en rendimiento o productividad. Byung-Chul Han, uno de los pensadores contemporáneos más influyentes, ha descrito con precisión esta deriva del mundo moderno hacia lo que él denomina una "sociedad del rendimiento". En ella, el sujeto ya no está oprimido por un poder exterior, sino por una presión interna que lo obliga a ser su propio explotador. Esta lógica de autoexplotación está profundamente entrelazada con la idea de utilidad como eje rector de la vida: ser útil, producir, adaptarse, competir. Ese parece ser el destino del ser humano. Por tanto, el fracaso, la pausa, la contemplación, el cuidado del otro, son percibidos como signos de debilidad o ineficiencia, que deben ser eliminados. La consecuencia de este modelo no es sólo el agotamiento individual, sino una creciente desconexión con el sentido de nuestra existencia colectiva.

Pensar en la necesidad de brújulas significa pensar la posibilidad de perdernos. Puede sonar duro, pero es lo que significa ser humanos, significa reconocer que, aunque tenemos herramientas cognitivas, éticas y culturales para orientarnos, estas no garantizan que siempre llegaremos a buen puerto. Y esta incertidumbre es una forma humana elemental, que parece que hemos perdido en una sociedad del rendimiento. En su *Camino del Reconocimiento* (2006), Paul Ricoeur nos recuerda que el ser humano es, ante todo, un ser capaz, pero dentro de sus capacidades está la de ser falible. Es decir, fracasar, fallar en nuestros intentos es una opción plenamente humana, inserta en nuestras capacidades. Esta condición de vulnerabilidad y posibilidad de error no es una debilidad a superar, sino una realidad constitutiva que nos hace humanos. Desde esta perspectiva, la brújula de la orientación no es infalible, pero es de lo que disponemos para hacer lo que, como humanos, podemos hacer. Es una idea que comparte con los planteamientos del filósofo alemán Hans Blumenberg. Este filósofo recupera la imagen del naufrago como metáfora fundamental de la existencia. Vivimos, según él, como quien ha naufragado antes y observa desde tierra firme el oleaje que ha dejado atrás. La cultura —las instituciones, los relatos, los saberes, incluyendo las ciencias y la técnica— sería, entonces, el sistema de salvamento que construimos tras el naufragio. Pero este salvamento es parcial, temporal y siempre sujeto a la posibilidad de un nuevo extravío. Blumenberg considera que nuestra historia puede verse como la reconstrucción que hacemos de un navío a partir de los restos de un naufragio. Así, las brújulas que construimos son

también frágiles, sujetas a los límites del tiempo y de nuestra comprensión.

Esta fragilidad adquiere una bella expresión filosófica bajo la perspectiva de Jacques Derrida, con su concepto de *destinerrance*: la idea de que no todo lo que tiene destino llega necesariamente a su destino, de que aun cuando creemos tener una dirección clara, es posible errar el camino. Derrida reconoce que ello, no obstante, encierra una paradoja y es que la errancia puede ser, en sí misma, una forma de destino. La desorientación no es necesariamente un fracaso; puede ser una apertura hacia otras formas de sentido, hacia otras maneras de habitar el mundo.

Estas reflexiones nos invitan a comprender que en la sociedad del rendimiento, donde todo parece encaminarse hacia la eficiencia, el éxito y la productividad, necesitamos recuperar modelos simbólicos que no excluyan el error, el naufragio ni la errancia. Brújulas que no prometan exactitud, pero que inviten al discernimiento, a la deliberación, a la pausa. Porque sólo en ese ejercicio ético de orientación imperfecta es posible mantener viva nuestra humanidad en medio del vértigo contemporáneo.

En este panorama, los espacios académicos, culturales y científicos no están exentos de esta crisis de orientación. Las universidades, antaño lugares privilegiados para la reflexión crítica, se ven cada vez más presionadas por lógicas administrativas, rankings, modelos de acreditación y exigencias de productividad investigativa. En lugar de ser espacios de libertad, se han transformado en instituciones que reproducen la lógica del mercado. Los saberes son valorados en función de su aplicabilidad económica, las humanidades deben justificar su existencia demostrando su impacto social, y la formación profesional se mide por la tasa de empleabilidad de los egresados.

Sin embargo, en medio de este escenario, surgen también voces que reivindican la necesidad de reconstruir una humanidad "posible". Desde organismos internacionales como la UNESCO, se han impulsado propuestas que buscan reorientar la educación y la cultura hacia fines más humanizantes. Los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), adoptados por la comunidad internacional, plantean metas que, aunque muchas veces traducidas en indicadores técnicos, contienen en su núcleo un llamado ético: erradicar la pobreza, garantizar la educación inclusiva y equitativa, promover el bienestar, reducir las desigualdades, fomentar sociedades pacíficas y justas. En otras palabras, sostener la humanidad en medio del vértigo del cambio. En el documento de la UNESCO titulado *Reimaginar juntos nuestros futuros: un nuevo contrato social para la educación (2021)*, se invita a repensar el papel de la educación no como un mecanismo de adaptación al mercado, sino como una herramienta de transformación social. Se enfatiza allí que "la educación debe estar orientada hacia el bien común, debe nutrir la esperanza y fomentar la capacidad de imaginar futuros alternativos". Esta afirmación no es menor:

en un mundo que muchas veces se presenta como inevitable y sin alternativas, la tarea de imaginar nuevas orientaciones resulta ser una práctica profundamente política y humanista.

Es urgente, por tanto, abrir espacios de pensamiento donde podamos reflexionar sobre los fundamentos que orientan nuestras vidas. ¿Qué significa habitar el mundo de manera humana? ¿Qué valores estamos dispuestos a sostener más allá de su rentabilidad? ¿Qué saberes consideramos valiosos aun cuando no generen ingresos? Estas preguntas no tienen respuestas simples, pero su formulación ya constituye un acto de resistencia frente al aplanamiento del sentido que impone la lógica del mundo como escenario de intercambio de un valor que ha dejado de ser humano. La educación, y en particular la educación superior, tiene un papel fundamental en este proceso. Formar no es simplemente transmitir competencias técnicas, sino cultivar la sensibilidad, el juicio ético, la capacidad crítica, la empatía y la imaginación. Las universidades no deben ser fábricas de profesionales funcionales, sino espacios de encuentro entre seres humanos que piensan, sienten, crean y se preguntan por el sentido de su estar en el mundo. Este enfoque exige replantear los currículos, las metodologías, las formas de evaluación, pero sobre todo, exige una voluntad política y ética de reconectar la educación con la vida.

Este número de nuestra revista se inscribe en esta tarea. Cada artículo que aquí se presenta es una invitación a pensar más allá de la utilidad inmediata, a preguntarse por los horizontes que configuran nuestras prácticas, a recuperar el valor de los saberes como formas de habitar el mundo. Como comunidad académica, tenemos la responsabilidad de sostener y proteger estos espacios de pensamiento, especialmente cuando el mundo parece extraviar sus referencias más profundas. Frente a los desafíos del presente, necesitamos más que nunca brújulas éticas, culturales y políticas que nos permitan orientarnos. Necesitamos recuperar la palabra, el diálogo, la pregunta, el juego y la pausa. Necesitamos reconstruir comunidades donde el conocimiento no sea un instrumento de poder, sino una forma de cuidado. Porque en última instancia, lo que está en juego no es sólo el futuro de nuestras instituciones, sino la posibilidad misma de seguir siendo humanos en un mundo que se transforma vertiginosamente. Desde estas páginas, hacemos un llamado a sostener esa tarea.

## **Bibliografía**

- Anders, G. (2011). *La obsolescencia del hombre. Volumen I: Sobre el alma en la época de la segunda revolución industrial* (J. Muñoz Millanes, Trad.). Pre-Textos.

(Obra original publicada en 1956)

- Blumenberg, H. (2015). *La inquietud atraviesa el río* (C. Valdés, Trad.). Herder.
- Derrida, J. (1997). *La tarjeta postal: De Sócrates a Freud y más allá* (J. M. Álvarez, Trad.). Ediciones de la Flor. (Obra original publicada en 1980)
- Han, B.-C. (2012). *La sociedad del cansancio* (A. J. Sánchez, Trad.). Herder.
- Kant, I. (2004). ¿Qué significa orientarse en el pensamiento? En *Crítica de la razón práctica y otros escritos morales* (E. Saavedra, Comp., pp. 199–210). Editorial Tecnos. (Obra original publicada en 1786)
- Ricoeur, P. (2006). *Caminos del reconocimiento* (C. Gutiérrez, Trad.). Fondo de Cultura Económica.
- UNESCO. (2021). *Reimaginar juntos nuestros futuros: un nuevo contrato social para la educación*. Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000379707>
- Uribe, D. (2018). *Brújula para el mundo contemporáneo: Una guía para entender el siglo XXI*. Editorial Planeta.